

## ¿Qué sustancia para el Nombre del Padre?

Al final del Seminario R.S.I. Lacan se plantea el interrogante sobre qué sustancia entre las tres nominaciones [1] del Imaginario (inhibición), del Real (angustia) y del Simbólico (síntoma)- convendría dar al Nombre del Padre [2]; agregando que abordará esta cuestión en su siguiente Seminario, es decir, en el Seminario sobre el Sinthome.

Cuán lejos estamos del sueño de Freud! Cuán lejos estamos del mito del padre universal del Edipo! La primera operación de Lacan respecto al Edipo fue estructural, con la construcción de la metáfora paterna el padre pasaba del mito a la estructura. En la metáfora paterna el padre y la madre son significantes. Si del lado del padre tenemos el nombre, del lado de la madre está el deseo. La función del significante del Nombre del Padre articula la interdicción del incesto con la castración, dando una significación fálica al deseo siempre opaco de la madre. Mediante la operación producida por la metáfora paterna el Nombre del Padre introduce la significación fálica en el lugar del Otro, con ello se produce el anudamiento del deseo a la ley, y de esta manera se localiza también el goce.

Pero en la metáfora paterna la opacidad del deseo de la madre incluye también su goce, por otra parte, también está el goce del sujeto que debe pasar por la castración. El significante del Nombre del Padre tiene por función dar un sentido al goce que parasita al sujeto y, como señala Lacan, el único goce capaz de responder al sentido es el fálico [3].

Pero no todo el goce responde al sentido, hay un resto que es irreductible a la simbolización del Nombre del Padre y en función de este resto inasimilable Lacan inventa el objeto a, un objeto que cuestionará la eficacia del Nombre del Padre a la hora de dar un nombre a las cosas [4]. El objeto a no se puede nombrar porque no tiene nombre y por tanto el padre se revela insuficiente para localizar el deseo del sujeto. En la estructura del lenguaje el gran Otro del significante que podría dar cuenta de todo el goce está barrado, el significante para nombrar el ser del sujeto falta. La función paterna, entonces, se revela inconsistente y se inscribe en esta falta, en  $S(A/)$ .

El Nombre del Padre se hace, entonces, soporte de la barra en el Otro, se hace soporte de la hiancia en el Otro, allí donde se aloja el goce, allí donde se aloja el objeto pequeño a. La libido tiene su punto de irrepresentabilidad que el padre como tal nunca alcanzará a nombrar. De ahí que la enseñanza de Lacan apunte a un más allá del padre, a un más allá del Edipo, pero siempre teniendo en cuenta también, como Lacan señala en la Proposición, que el psicoanálisis sin el Nombre del Padre se convertiría en un delirio [5]. El padre si bien no alcanza a simbolizar todo el goce tan sólo merece ese nombre, señala Lacan, si es capaz de dar una versión del objeto a. Es decir, se trata del padre capaz de orientar su deseo hacia el objeto a en tanto causa, se trata del padre perversamente orientado. Aquel que haría de una mujer objeto a causa de su deseo, es decir un padre que de alguna manera sabría hacer, no retrocedería, frente a lo imposible del goce.

La invención del objeto a en la enseñanza de Lacan abre la vía a la pluralización de los Nombres del Padre, de esta manera el Nombre del Padre pasa a ser un significante amo. El universal del padre de la tradición queda del lado de la religión, mientras que el significante del Nombre del Padre da cuenta de la singular inscripción del sujeto en el Otro tanto a nivel significativo como a nivel del goce.

Volvamos a RSI [6], donde Lacan se pregunta si la nominación simbólica basta para

soportar la función del Nombre del Padre o si será el padre que "deberá ser interrogado a nivel de lo real" [7]. El Nombre del Padre no parece ser más un elemento exclusivo del simbólico. Por consiguiente, Lacan propone la nominación como un cuarto elemento que anuda y a la vez nombra los otros tres anillos. No es una nominación limitada a lo simbólico en el sentido de dar nombre a las cosas, sino que se trata del acto de nombrar al nivel de lo real del goce, lo cual se convierte en una nominación sintomática.

La nominación del padre hace síntoma, y en ese síntoma se encuentra implicado el goce más singular del sujeto. Como señala Eric Laurent "no hay bautismo del goce" [8] porque ninguna nominación puede nombrar todo el goce, no hay nominación que no sea fallida, siempre queda un resto. En efecto, la buena manera de fallar la nominación es la que cuenta con el resto, la que no cierra el deseo, la que permite el acceso al inconsciente.

El Nombre del Padre, entonces, perteneciendo a lo simbólico participa de lo real puesto que toma una dimensión de ex-sistencia.

En esta perspectiva Lacan, en el Seminario sobre el Sinthome, reduce la posibilidad de hacer lazo a una sola de las nominaciones: la simbólica en su valor de real, es decir, reduce la posibilidad de hacer lazo al sinthome [9]. El elemento cuarto que consigue el anudamiento es el síntoma. El síntoma será definido al comienzo del Seminario como "el signo de lo que no funciona en lo real", pero si el psicoanálisis es capaz de operar sobre el síntoma es porque "el síntoma es el efecto de lo simbólico en lo real". El síntoma, al final de su enseñanza, es para Lacan lo único que hace excepción a lo real como Otro del sentido, el síntoma es la excepción a la disyunción entre simbólico y real. El síntoma, entonces, es el único elemento capaz de hacer lazo y en este sentido es una suplencia a la relación sexual que no hay.

Con la última enseñanza de Lacan entramos en una nueva clínica, la clínica de los nudos, la clínica de la forclusión generalizada, y aquí el Nombre del Padre es una suplencia entre otras, mejor dicho, es la modalidad estándar y también la forma más lograda de suplencia frente al real de la no relación sexual.

Entonces, podríamos decir que en un análisis se trataría de ¿pasar del padre para servirse de él como síntoma? De hecho el síntoma reducido del final del análisis se puede considerar una versión depurada del Nombre del Padre.

La suposición del padre viene dada por la palabra, por el hecho de hablar suponemos el padre, de ahí que un análisis en tanto es una experiencia de palabra no puede comenzar sin la suposición del padre. Sin el Nombre del Padre no se sostiene la hipótesis del inconsciente como suposición de saber. Es imprescindible creer en el padre para creer en el inconsciente. El padre, de hecho, es uno de los nombres del Sujeto supuesto al Saber, y así funciona mientras dura la transferencia. La creencia en el síntoma como verdad, la creencia en el síntoma como formación del inconsciente se sostiene de una concepción del inconsciente como discurso del Otro, se sostiene del Nombre del Padre.

Con las declinaciones del padre en la experiencia analítica, con la construcción del fantasma y el atravesamiento de su pantalla imaginaria se descubre que la metáfora paterna es una suerte de telón destinado a velar el real de la no relación sexual. El fantasma es una construcción destinada a condensar un sentido gozado empeñado en hacer existir la relación entre los sexos. El padre como nombre tiene un papel fundamental por cuanto es aquel que asegura la conjunción. Por eso un psicoanálisis debe ir más allá del padre, es preciso atravesar el sentido gozado, es preciso atravesar "la fe en el lenguaje" [10], perturbar la defensa para llegar al punto en que el goce desarticulado del significante desenmascara la mentira del sujeto creada con el fin de defenderse de lo real

del goce.

Con la inconsistencia del Otro se revela el vacío del sujeto. Más lejos que el inconsciente implica situarse respecto al saber en relación a  $S(A/)$ . Salir de la ficción y de la fijación abre a una pragmática que posibilita la invención, permite acceder a la letra de goce presente en el síntoma. Pasar del superyó, en tanto es uno de los Nombres del Padre, para servirse del síntoma permite al sujeto una mayor capacidad de maniobra, una mayor practicabilidad y una nueva disponibilidad para la contingencia del encuentro.

Hay que hacer con lo que queda, hay que hacer con el resto de sentido gozado porque el sentido no se extingue totalmente. Este resto irreductible es el síntoma, es también el resto irreductible del padre del que hay que servirse, el padre como sinthome.

Xavier Esqué  
Marzo 2005

#### NOTAS

- 1- Las distintas modalidades de nominación es el tema elegido por J.R. Ubieto participante del grupo de trabajo que coordino, quien acaba de hacer su primera aportación con un texto titulado "Semblante, clase y síntoma".
- 2- Lacan, J., Seminario R.S.I., 1974-75, lección del 13/5/75, inédito.
- 3- Lacan, J., El despertar de la primavera, Intervenciones y textos 2, Ed. Manantial.
- 4- Miller, J.-A., Curso sobre La orientación lacaniana, 2004-2005, inédito.
- 5- Lacan, J., Proposición del 9 de octubre de 1967..., Momentos cruciales de la experiencia analítica, Ed. Manantial.
- 6- Lacan, J., Seminario R.S.I., op. cit.
- 7- El padre "a nivel de lo real" en su relación con la comunidad es el tema que Marco Mauas se ha dispuesto a investigar en nuestro grupo de trabajo.
- 8- Laurent, E., Síntoma y nominación, Ed. Tres haches.
- 9- Esta cuestión está siendo trabajada por Vera Gorali de quien recibí un texto que me ha ayudado a abordar este punto.
- 10- Miller, J.-A., Curso sobre La orientación lacaniana, "Un effort de poésie", 2003-04, inédito.

## **Acerca del padre que nombra.**

### **Puntuaciones**

#### **Pasar del padre, servirse del sinthome**

#### **El tema de investigación [\*]**

Tras señalar que el síntoma depende de una estructura en la cual el Nombre del Padre es "un elemento incondicionado" -es decir, contingente - Lacan distingue, a partir del trabajo sobre Joyce, el padre como nombre del padre que nombra. "El padre como nombre y como aquel que nombra, no es lo mismo. El padre es ese elemento cuarto (...) sin el cual nada es posible en el nudo de lo simbólico, de lo imaginario y de lo real"[1].

Me propuse explorar en el tiempo que llevaba al Congreso de Roma la diferencia que establece Lacan entre el Nombre del Padre (el padre simbólico) y el padre que nombra (el estatuto del padre en la última parte de su enseñanza), tratando de extraer algunas de las consecuencias clínicas y epistémicas que se desprenden de esta nueva orientación.

Mediante este recorrido se trataba también de seguir interrogando ¿qué es el padre hoy? Una cuestión siempre irresuelta, también para los analistas[2].

#### **El padre como tercero**

La función del padre en el Complejo de Edipo ha sido, desde el inicio mismo del psicoanálisis, decisiva en la teoría y la clínica psicoanalítica. En Freud el padre participa de una lógica que se pretende universal. El padre es el responsable de la pérdida de goce del sujeto, el padre es el que mediante la prohibición del incesto emplaza la ley simbólica, aquel que, en términos freudianos, transmite la castración.

Si para Freud el padre es el tercero siempre irreductible al orden imaginario, para Lacan, en cambio, y desde muy pronto, desde el Seminario III, el padre tiene una función de anudamiento. Lacan señala que el triángulo edípico no es padre-madre-niño sino que el triángulo del que se trata es falo-madre-niño, siendo el padre el portador del falo, pero subrayando que la función esencial del padre es que todo se mantenga unido[3].

#### **La entrada del sujeto en el lazo social**

Lacan va a llamar Nombre del Padre al padre simbólico[4]. Con la construcción de la metáfora paterna se separa de la dimensión del mito freudiano para tomar las cosas desde el punto de vista estructural. El mayor alcance de la metáfora paterna conduce a establecer que la verdadera función del padre es la de unir el deseo a la ley. El Nombre del Padre se convierte así en el punto de capitón por antonomasia: la metáfora paterna dando una significación fálica al deseo de la madre, posibilita la entrada del sujeto en el universo de los discursos, en el lazo social.

Lacan rescata del Edipo freudiano la operación de nominación simbólica del padre, rescata la ley del incesto, puesto que es fundamental a la hora de poner orden en las generaciones, en realidad el Nombre del Padre como soporte de la ley simbólica es sobre todo una operación de separación.

## **Más allá del padre simbólico**

El significante del Nombre del Padre es el significante que en el lugar del Otro del lenguaje anuda por su función de capitonado el significante y el significado, el deseo y la ley. La operación del padre del nombre se efectúa por vía de la metáfora, de esta manera garantiza la conjunción. El problema clínico es que por la vía de la conjunción no habrá ni asomo de lo real, es por ello que la orientación a lo real del psicoanálisis exige ir más allá del padre, más allá del padre simbólico.

Con S(A/) el Nombre del Padre pierde el privilegio de ser el significante de la ley en el lugar del lenguaje, el gran Otro está barrado, el padre es un nombre, un tapón, entre el plural de los Nombres del Padre. El agujero producido incide en el descompletamiento de la metáfora paterna y la lógica fálica: se puede ver entonces como más allá del deseo de la madre está el goce suplementario de la mujer, este goce no se deja encerrar en un conjunto porque es no-todo. La sexualidad femenina tiene, entonces, su estructura propia, más allá de la versión del padre del Edipo. La suposición que sostiene el padre del nombre de que todo goce tiene un sentido queda agujereada.

## **Consecuencias clínicas de S(A/)**

Consecuencias clínicas: el Nombre del Padre ya no es más la llave maestra que permite diferenciar neurosis, psicosis y perversión, como cuando la condición del sujeto se encontraba en el Otro. Ahora en ese lugar hay un agujero, la forclusión es general para todo ser que habla. Sin la garantía del Otro se trata de ver en cada caso quién soporta la función, quién soporta la función de humanizar el deseo, aquí se hace imprescindible que sobre el sujeto se precipite un acto de palabra, un deseo que no sea anónimo[5]. Así se inventa un padre. El padre es la invención del sujeto a fin de que la función se cumpla.

## **Del tres a la nominación que hace cuatro**

La orientación a lo real del psicoanálisis implica pasar del tres al cuatro, es decir, pasar del Nombre del Padre en tanto sostén de la ley simbólica que garantiza la relación de lo imaginario y de lo real con lo simbólico, para pasar al padre que nombra, es decir, servirse del padre síntoma que como cuarto elemento anuda los tres registros: RSI.

La función paterna es del orden de la contingencia, lo que no es el caso del síntoma, que es del orden de lo necesario. La nueva concepción del síntoma en la enseñanza de Lacan muestra su auténtica dimensión real de goce, es decir, fuera de discurso. El síntoma, señala Lacan en el Seminario Aún, es primero, primero que el inconsciente, es el síntoma el que funda el inconsciente como discurso y como elucubración de saber, el síntoma queda así del lado de la marca, de la huella, de la letra.

## **El nombre del padre interrogado al nivel de lo real**

Lacan en el Seminario RSI señala que "nombrar" es la función radical del Nombre del Padre, "... con todas las consecuencias que esto comporta (...) hasta en el gozar", por tanto se pregunta si la nominación simbólica basta para soportar la función del Nombre del Padre o si resulta que el padre deberá ser interrogado a nivel de lo real. La primera parte de la pregunta Lacan la fue respondiendo a lo largo de su enseñanza puesto que se dedicó a efectuar de manera continua y persistente un descompletamiento del padre simbólico.

En efecto, la nominación simbólica no basta, el padre del nombre no es la última palabra de Lacan acerca del padre. El Nombre del Padre pierde así la exclusividad de lo simbólico para ser interrogado a nivel de lo real.

### **El padre perversamente orientado**

Siguiendo los desarrollos de J.-A. Miller vemos que el Nombre del Padre es un instrumento para resolver el goce mediante el sentido[6], pero ésta es una operación imposible, entramos así con lo imposible en la dimensión de lo real. A partir de ese resto inasimilable Lacan inventará el objeto pequeño a como aquello que no tiene nombre. Si bien el objeto a cuestiona la eficacia del nombre del Padre en dar un nombre a las cosas[7], también hay que decir que Lacan señalará más adelante que aún cuando el padre no alcanza a simbolizar todo el goce tan solo merece ese nombre si es capaz de hacer frente al goce de una mujer.

Un padre tan solo merece el respeto si es capaz de dar su versión del objeto a haciendo de su partenaire la causa de su deseo[8]. Se trata del padre perversamente orientado, un padre que sin detentar el goce hace de su mujer objeto a causa de su deseo. Es decir, que aquí no estamos para nada al nivel del ideal, no estamos en la función universal del padre simbólico sino que estamos al nivel de lo más particular, de lo más singular, estamos ante una versión del padre – del n'hombre[9]- del lado de la causa sexual, donde el deseo y el goce se articulan. Se trata de un padre que no retrocede frente a lo imposible del goce, un padre que muestra su posición deseante, y por tanto, que es capaz de transmitir la castración, de la buena manera, que es la que hace síntoma.

### **La nominación sintomática**

Este es el padre que nombra, cuya nominación no puede ser más que sintomática, es decir, una nominación no limitada a lo simbólico porque participa también de lo real. No es muy pertinente hablar de padre real, puesto que lo real es irrepresentable, en cambio sí podemos considerarlo en esta dimensión en tanto padre síntoma. La nominación es una suplencia de la inconsistencia del Otro, es una suplencia de  $S(A/)$ . Ahora bien, la nominación es efectiva cuando produce un efecto sintomático en el goce del sujeto. Desde este punto de vista podemos decir que es una nominación fallida, es una nominación que fracasa porque no acaba con lo real del goce, ni tampoco con el síntoma. Es lo que nos asegura la existencia del psicoanálisis, y su pervivencia, este fracaso efectivo garantiza que el psicoanálisis no sea un síntoma olvidado[10].

Todos estos desarrollos son paralelos a la implementación de Lacan de la teoría de los nudos, se puede seguir en sus textos del momento cómo con el nudo borromeo Lacan trata de dar respuesta a algunos de los límites encontrados en la clínica una vez explotadas al máximo las posibilidades del principio de relación. El padre es considerado un síntoma, el Nombre del Padre se revela una suplencia entre otras, la más común, la más estándar. El padre, lejos de sus referencias mitológicas y religiosas idealizantes, se convierte en un simple instrumento, un útil, un cuarto elemento capaz de hacer lazo a partir de la nominación simbólica en su valor de real, es decir, el sinthome[11].

### **El psicoanálisis es un "sesgo práctico"**

La nominación sintomática o el padre en tanto sinthome va más allá del padre que detenta el saber, su operación está en relación con el acto. El acto de dar un sentido a lo real, teniendo en cuenta que entre el sentido y lo real no hay relación, con la sola excepción del

síntoma. De ahí la equivalencia entre padre y sinthome puesto que ambos participan de lo real en su dimensión de ex-sistencia. La nominación es sintomática porque incluye su resto, el padre que nombra sería aquel que haciéndose cargo del resto de la operación permite la transmisión del deseo y la apertura al inconsciente.

Un análisis no encuentra su final en la identificación al Nombre del Padre, ni tampoco en la identificación al inconsciente, en cambio sí que lo encuentra en la identificación al síntoma. La identificación al síntoma implica una nueva posición subjetiva de reconocimiento y consentimiento a la modalidad de goce, y por tanto al nombre singular de goce. Se produce de esta manera el anudamiento por el cuarto nudo de la función del síntoma como nombre, sinthome, como suplencia de la dimisión paterna. En un análisis se trata, entonces, de pasar del padre para servirse de él como sinthome, lo que no ocurre sin una reducción máxima del sentido, es decir, sin una versión depurada del Nombre del Padre compatible con su caída como semblante.

De esta manera el psicoanálisis agujereando la creencia en el padre resulta ser, como señala Lacan, "un sesgo práctico" para sentirse mejor, lo que puede traducirse por un arreglárselas algo mejor con el goce.

### **A modo de conclusión**

La enseñanza de Lacan se puede tomar respecto a Freud como una demostración en acto de lo que quiere decir pasar del padre a condición de servirse de él. De ahí que cuando se le pregunta a Lacan si él se considera lacaniano, responde que no. Él se considera freudiano, añadiendo que debemos ser nosotros, sus contemporáneos, a quienes nos corresponde ser lacanianos.

Xavier Esqué

#### **NOTAS**

- \* Este fue mi tema de investigación en un grupo de trabajo en el que participaron de manera continuada Margarita Alvarez, Clara Bardón, Jorge Sosa y José Ramón Ubieta.
- 1- Lacan J., Joyce el Síntoma I, Conferencia de la Sorbona del 16 de junio de 1975, Uno por Uno 44.
- 2- Lacan, J., Seminario IV, La relación de objeto.
- 3- Lacan, J., Seminario III, Las psicosis.
- 4- Lacan, J., Seminario II, El yo en la teoría de Freud.
- 5- Lacan, J., Nota sobre el niño, Autres écrits.
- 6- Miller, J.-A., Notice de fil en aiguille, Seminario XXIII, Le sinthome.
- 7- Miller, J.-A., Curso sobre la Orientación lacaniana, 2004-05, inédito.
- 8- Lacan, J., Seminario XXII, RSI, inédito.
- 9- Ibid.
- 10- Lacan, J., La tercera, Conferencia de Roma, 197.
- 11- Lacan, J., Seminario XXIII, Le sinthome.

## ¿Qué es el padre hoy? Acerca del padre que nombra

Tras señalar que el síntoma depende de una estructura en la cual el Nombre del Padre es "un elemento incondicionado" [1] Lacan distingue el padre como nombre del padre que nombra. "El padre como nombre y como aquel que nombra, no es lo mismo. El padre es ese elemento cuarto (...) sin el cual nada es posible en el nudo de lo simbólico, de lo imaginario y de lo real" [2].

Es decir, que al final de su enseñanza Lacan hace equivalentes la función síntoma – el síntoma en su función de letra que anuda las tres dimensiones y que al final de un análisis pone fin al desciframiento del inconsciente - y la función del Nombre del Padre.

La función padre siempre tuvo un lugar central en la construcción de la teoría y la clínica psicoanalítica. La pregunta ¿qué es el padre?, decía Lacan, es una cuestión eternamente irresuelta para los analistas [3].

Freud edificó la teoría psicoanalítica sustentada en el Complejo de Edipo, desde un inicio la falta en ser del neurótico tuvo como causa al padre, pero ello no era más que el resultado de una maniobra orientada por el fantasma mismo del neurótico. De este modo las curas terminaban entrando en un impasse por el hecho de que la demanda de amor dirigida al padre ideal no tiene fin, encontrando el psicoanálisis freudiano ahí su límite.

Por eso Lacan tras concebir la estructura significativa a partir de  $S(A/)$  – la castración viene determinada por el lenguaje y no por el padre - inventó el objeto a como causa y con ello pudo hacer una separación entre el Ideal y el objeto. Esta operación depreció el valor del padre, el Nombre del Padre fue pluralizado dejando al descubierto su estatuto de semblante y la clínica lacaniana pasó a ser una clínica basada no en el Nombre del Padre sino en el objeto a. Como señala Miller el objeto a cuestiona el Nombre del Padre porque a diferencia de éste último el objeto a no tiene nombre, no es nombrable [4]. Es decir, que el objeto a presentifica la libido en tanto ésta es irreductible a la simbolización del Nombre del Padre.

La enseñanza de Lacan no se queda, entonces, en la versión del padre que transmite el falo por efecto de la metáfora paterna, ni en el padre muerto que promulga la ley, ni en el padre reducido a su nombre, detenerse aquí sería quedarse en la vertiente de mortificación del significante. Lacan avanza produciendo sucesivas reformulaciones, y en una segunda lectura de la metáfora paterna, después de haber subrayado la importancia del complejo de castración, dice que "la verdadera función del padre es la de unir un deseo a la ley" [5]. Es decir, que el acento ahora está puesto en el deseo, es una forma de introducir y anticipar lo vivo del padre hasta llegar a la figura del padre capaz de dar una versión del objeto a, de orientar su deseo hacia el objeto a en tanto causa. Seguirá siendo un padre prohibidor pero también nombrará el goce, en este sentido tendrá una función más acorde al padre de excepción de Totem y Tabú que al padre del significante de la ley del Edipo.

Es decir, que el acento sobre el Nombre del Padre va a recaer finalmente en la función de excepción y también en la función de nominación, lo que cuenta es la condición de su deseo y de su goce, se trata del padre real, se trata del padre "perversamente orientado" [6], aquel que hace de una mujer objeto a causa de su deseo, es decir, un padre que abre no a una alteridad de semblante sino que abre al Otro sexo, relación que nunca dejará de ser sintomática. La nominación del padre, entonces, siempre hará síntoma,

encontrándose comprometido ahí lo más singular del goce del sujeto. Entramos así en el registro del padre que nombra: "la función radical del Nombre del Padre es la de dar un nombre a las cosas en particular la del gozar, con todas sus consecuencias" [7].

Nombrar es un acto, y un acto se efectúa en la hiancia de un saber. Si del lado del inconsciente tenemos el saber y su consiguiente verificación, del lado del acto tenemos la certeza pero no el saber. Es decir, que el Nombre del Padre al final de la enseñanza de Lacan no está del lado del saber inconsciente sino que está del lado del acto. En su acto nombra el goce innombrable y de esta operación de nominación que siempre va a comportar un resto Lacan va a decir en RSI que "es la única cosa que estamos seguros que hace agujero". De ahí la equivalencia entre Nombre del Padre y síntoma.

Invito, entonces, a todos aquellos colegas de la AMP que en estos dos próximos años deseen seguir explorando la diferencia entre el padre del nombre y el padre que nombra a ponerse en contacto conmigo. Trataremos de extraer las consecuencias clínicas, epistémicas y políticas que se desprenden de dicha orientación, la operación analítica por excelencia que es el acto analítico se encuentra en este punto especialmente concernida.

Será también una forma de seguir interrogando ¿qué es el padre hoy? Tanto desde la perspectiva del psicoanálisis puro como desde la actualidad de la clínica contemporánea que estamos en vías de construir.

Xavier Esqué

#### NOTAS

- 1- Lacan, J., Joyce el Síntoma I, Conferencia de la Sorbona del 16 de junio de 1975, Uno por Uno, Revista Mundial de Psicoanálisis, nº 44, 1996, p. 15.
- 2- Ibid.
- 3- Lacan, J., La relación de objeto, Seminario IV, Ed. Paidós, p. 374.
- 4- Miller, J.A., Curso de La orientación lacaniana, inédito, lección del 9/6/2004.
- 5- Lacan, J., Escritos, Siglo XXI editores, p. 804.
- 6- Lacan, J., RSI, Seminario XXII, inédito, lección del 21/1/75.
- 7- Lacan, J., Op. Cit., lección del 11/3/75.

## Presentación de la IX Conversación de la ELP El pase y la formación del analista

Tengo la alegría de poder iniciar la IX Conversación de la Escuela sobre "El pase y la formación del analista", de iniciarla en vivo y en directo porque, como ustedes saben, la conversación *on line* se puso en marcha hace tres semanas, el tiempo en el que ésta nos viene ya trabajando. Nos acompañan el Delegado General de la AMP, Eric Laurent, y el Presidente de la EEP, Pierre-Gilles Guéguen, a quienes agradezco su presencia y su excelente disposición para trabajar, como siempre y una vez más, con nosotros. La sala como pueden ver está llena, abarrotada, como en las grandes ocasiones, llena de miembros de la Escuela, así como de un número considerable de socios de sede y también de participantes del Instituto del Campo Freudiano. Cada uno de nosotros ha llegado hasta aquí, a Madrid, en este día de mayo, para participar de una conversación de Escuela, una conversación que va a girar alrededor de lo que hemos denominado *pase-sinthome*.

De esta manera la ELP se inscribe en el tiempo de reflexión abierto por la AMP en Roma que culminará en el VI Congreso de Buenos Aires, en abril de 2008. Una reflexión sobre la actualidad del pase se ha venido realizando ya en buena parte de las Comunidades de la ELP, esto quiere decir que una elaboración colectiva está en marcha, todo indica que es un excelente momento para conversar al respecto.

El sintagma, *pase-sinthome*, nos coloca de pleno frente a la nueva clínica, es decir, ante la incidencia que la última enseñanza de Lacan tiene sobre la práctica analítica, sobre los análisis y, fundamentalmente, sobre sus finales. El *pase-sinthome* también nos lleva a reflexionar acerca de los usos posibles y actuales del pase. Sabemos que en todo ello nos jugamos el futuro del psicoanálisis.

Con el pase, además del pasante, es el psicoanálisis mismo el que pasa examen, es decir, que por la prueba del pase pasan la doctrina, la práctica y hasta la profesión analítica.

¿Cómo no podríamos interesarnos por ello? ¿Qué miembro de la Escuela, qué analista lacaniano podría decir que el tema no es de su incumbencia? ¿Cómo concebir la práctica lacaniana, la transmisión del psicoanálisis, la experiencia de la Escuela sin el horizonte del final de análisis y el pase? El pase y la formación del analista vienen a ser, de este modo, la garantía de que el psicoanálisis no se diluya en la terapéutica, ni que la Escuela no se convierta en una sociedad.

La disponibilidad de los miembros de la ELP, ante la convocatoria del Consejo de poner el pase y la formación del analista en el centro de la Escuela y de conversar sobre ello, es grande; existe una lógica preocupación, pero también un renovado interés y, fundamentalmente, un nuevo impulso que se ha empezado a sentir a través del boletín *3SP*, el debate *on line*, que con especial cuidado y atención ha moderado Félix Rueda.

¿Cómo terminan hoy los análisis?

La disyunción entre final de análisis y pase

¿Renovar el dispositivo del pase?

El nudo psicoanálisis puro y aplicado

Autorizarse de la práctica, autorizarse de sí mismo

El pase a la luz de la última enseñanza de Lacan  
El post-analítico  
Etc.

**Son las preguntas que nos han traído hasta aquí. Subjetivar la Escuela, interrogar el pase y la garantía, abordar el real en juego en la formación del analista, explorar la juntura íntima entre psicoanálisis puro y aplicado son tareas que como analistas tenemos la responsabilidad de trabajar continuamente para asegurar el futuro del psicoanálisis y mantener viva nuestra transferencia de trabajo.** Nuestra transferencia de trabajo sería insostenible sin una renovación continuada de la hiancia en el saber.

Trataremos, entonces, en el día de hoy, de ejercitarnos en ello.

El real en juego en la formación del analista nos divide a cada uno de los que estamos aquí, esta conversación es, entonces, una invitación a participar del compromiso en la tarea por nombrarlo, es una invitación a participar del compromiso de empujar el decir hasta cernir algo de ese real y subjetivarlo. Así cada uno podrá encontrar la buena manera de identificarse al grupo, no como desengañado sino como *incauto* de lo real. La identificación al grupo del analista lacaniano no se sostiene por la vía del ideal, tampoco desde el cinismo.

Entonces, como dice el espacio de enseñanzas sobre el pase de Madrid, *hablemos del pase*, hablemos porque el pase en la Escuela tiene un lugar central, puesto que es el lugar propicio donde inscribir *el fracaso del psicoanálisis en liberar al sujeto de lo real*.

¿Qué es lo mejor que se puede esperar de un análisis? Como señala Jacques-Alain Miller esto Lacan lo vio, paradójicamente, en Joyce, alguien que nunca se analizó. Lo mejor está en el *sinthome*, porque en el *sinthome* ya no está en juego la letra como semblante (*letter*) sino que lo que está en juego es la letra como deshecho, como resto (*litter*). Se trata de lo que queda del significante una vez que la palabra, el sentido, ha sido abolido. De ahí que la nueva relación a la letra propia del *sinthome* produzca el desabonamiento del inconsciente, el corte entre S1 y S2. Sólo así el síntoma adquiere la dimensión operativa, instrumental, del *sinthome*, que implica el *savoir y faire avec*, el *arreglárselas con*, o sea, que lo que está en juego es la dimensión de lo practicable.

Trabajemos, entonces, por el pase practicable.

Xavier Esqué

## La acción lacaniana de la ELP

La Escuela tiene como objeto el real en juego en la formación del analista. Un real ligado a la responsabilidad de cada uno de sus miembros en asegurar la pervivencia del psicoanálisis, es decir, un real ligado a la necesidad que tiene el psicoanálisis de reinventarse.

La Escuela se convierte así en uno de los nombres de la política del psicoanálisis y la acción lacaniana es su puesta en acto. La acción lacaniana es realista, es una acción orientada por la política del síntoma. Esto quiere decir que toma en cuenta los fenómenos de la época y la incidencia que ésta tiene en la subjetividad.

La acción lacaniana en la ELP se despliega, fundamentalmente, alrededor de tres ejes:

- el psicoanálisis aplicado a la terapéutica
- el psicoanálisis en intensión, psicoanálisis puro
- el trabajo de elucidación del estado de la civilización

La ELP se ha reconfigurado a partir de la apuesta y la acción decidida por el psicoanálisis aplicado. Las futuras generaciones de analistas encontrarán, mayormente, al psicoanálisis en el campo psi. Es en este terreno donde debemos librar la batalla contra la ideología de la evaluación y su falsa ciencia, y es en este campo, como ha planteado Miller, que al analista le corresponde demostrar que es distinto del psicoterapeuta. Nuestros centros de psicoanálisis aplicado (los 4 CPCT de BCN, Madrid, Bilbao y Málaga, y la Clínica de la Coruña) son unos excelentes dispositivos a la hora de plantear en acto la existencia del psicoanálisis en lo social. Los CPCT en tanto son un producto del discurso analítico y de la acción lacaniana nos permiten reconfigurar nuestra oferta de psicoanálisis y crear nuevas transferencias. Tenemos, entonces, una política decidida que va de la mano de los principios rectores del acto analítico y de una clínica orientada por lo real.

Orientada por lo real y, por tanto, ligada al pase. Cuanto más avancemos en el saber que se extrae de los finales de análisis más capacidad de maniobra tendremos para movernos en el campo del psicoanálisis aplicado. Necesitamos psicoanalistas formados para poner en marcha la acción lacaniana. Por otra parte, el pase asegura que la garantía del analista no vendrá únicamente por la vía de la práctica.

La ELP sigue con atención y participa de los debates sobre el pase que tienen lugar en el seno de la Escuela Una. El cartel del pase hispano hablante de la FEEP, integrado por miembros de nuestra Escuela, viene desarrollando su tarea sin interrupción. En estos momentos el problema era, en España, tener que arreglárnoslas sin nuevos AE, así como

con una demanda de pase exigua. La contingencia del nombramiento de Antoni Vicens nos viene muy bien, nos ha caído como "agua de mayo".

Nuestra acción está encaminada a avanzar en un punto especialmente difícil para los psicoanalistas que es el de incrementar nuestra presencia en el campo social, en el campo de lo político. Si el inconsciente es político, el discurso analítico tendría que hacerse escuchar en lo social del mismo modo que el inconsciente se hace escuchar en la cura. En este sentido, la Escuela quiere alentar a los psicoanalistas que trabajan en las instituciones, a los psicoanalistas que en contacto directo con lo social responden a cuestiones que a veces rebasan el campo de la práctica del psicoanálisis.

La experiencia de la Escuela pasa por acoger lo nuevo, tanto en la perspectiva de la orientación como al nivel de las iniciativas de los miembros de la Escuela. La acción lacaniana descompleta, esto quiere decir que convierte en inesencial la parte más institucional de la Escuela que por estructura tiende a desconocer lo real. La acción lacaniana invita a un decir del uno por uno, que no es sin los otros, donde cada cual pone lo que tiene de practicable al servicio de la política del psicoanálisis. Este decir es también para los otros discursos.

Por eso en la batalla no deberíamos estar solos, no somos los únicos en ver que una lógica social sustentada en la ideología de la evaluación y aplicada al comportamiento tiene fatídicas consecuencias en la vida de los sujetos y en la marcha del mundo. Nuestra acción debería contribuir a la ampliación de un campo contrario a la cuantificación generalizada. Para ello es preciso incrementar nuestra presencia en la opinión pública. En este sentido, leer, interpretar la subjetividad de nuestra época resulta de vital importancia. En la ELP hemos puesto en marcha un Seminario de elucidación del "estado de la civilización", se trata de abrir camino, de actualizar argumentos, de inventar respuestas, de crear alianzas, de publicar en los medios, de promover Foros, etc.

Un nuevo impulso de la Escuela en España se empieza a reflejar en el número de demandas de entrada a la Escuela. Se inicia un tiempo de renovación generacional. En estos precisos momentos podemos constatar que las demandas de entrada a la Escuela casi triplican la media de los últimos años. Estos nuevos miembros por venir tendrán un lugar en la lógica colectiva de la Escuela, su participación y su nuevo impulso será crucial.

El futuro del psicoanálisis es nuestro, depende de nosotros mismos, depende de la acción de cada uno de los analistas de la Escuela.

Xavier Esqué

## **La depresión vista desde la perspectiva psicoanalítica**

### **"Deprimidos"**

El fenómeno moderno de la depresión no cesa de insistir en nuestra época, se ha instalado ampliamente en el discurso común contemporáneo y en los medios de comunicación. Más allá del hecho de que la clínica psiquiátrica da una gran prioridad a los trastornos del humor parece existir un lazo entre la época contemporánea y la llamada depresión. Si leemos los informes de los epidemiólogos de la OMS que predicen nuestro porvenir de salud en los próximos 20 años podemos constatar que el problema de la depresión está adquiriendo la dimensión de una epidemia que atraviesa ya todas las franjas de edad de la población: niños, adolescentes, adultos, mayores. Nos dicen, pues, estos expertos, que estamos expuestos cada vez más a sufrir un episodio depresivo a lo largo de nuestra vida. Por tanto, hay un aumento progresivo de lo sujetos que, para alegría de las multinacionales farmacéuticas, se nombran "deprimidos".

En efecto, los grandes avances en el campo de la técnica - por la alianza de la ciencia con el liberalismo capitalista - han venido a agujerear el discurso del amo que tenía por función regular el goce. La barrera al goce impuesta por el amo impedía al sujeto acercarse en demasía a su plus de goce cosa que, por un lado, le permitía desear y, por otro, servía para poner cierto límite al imperativo superyoico.

### **"Cobardía moral"**

El psicoanálisis nos enseña que el superyó se engrandece cuando el sujeto cede en su deseo y accede a la recuperación del plus de goce en su máxima inmediatez. Ahora bien, el sujeto que elige recuperar el plus de goce a costa de ceder en su deseo lo pagará, tarde o temprano, con el afecto depresivo, ésta es la falta moral, ésta es la "cobardía moral" del sujeto deprimido que Lacan menciona.

El capitalismo nos vende la ilusión de que los objetos del mercado van a colmar nuestra falta, que van a colmar nuestra división, el imperativo consumista es una nueva cara del superyó. Por otra parte, la ascensión de los objetos del mercado al zenit social tiene la contrapartida de producir una disolución de los lazos sociales.

La relación al Otro en la depresión se encuentra perturbada, el sujeto deprimido experimenta un fuerte sentimiento de soledad, un gran desinterés general invade al sujeto y ello tiene consecuencias en su decir. El acto de hablar, el decir, suele estar afectado, el sujeto siente, piensa, que no tiene nada interesante por decir, tampoco nada interesante que escuchar. Se produce así una separación entre el sujeto y el Otro propiciada por una desvalorización de la palabra.

El psicoanálisis aún cuando no acepta la depresión como una entidad clínica unificada no deja de aportar respuestas, pero esas respuestas son una por una, porque la clínica psicoanalítica es una clínica del sujeto, y como tal cuestiona la forma particular en que cada sujeto, a través de su depresión, trata de situarse en relación al deseo y al goce. Es decir que, para la clínica psicoanalítica, lo que está en juego en el sufrimiento del ser hablante, depresivo o no, es la relación del sujeto al goce, así como su relación al saber inconsciente.

### **La responsabilidad del sujeto**

Todo ello introduce algo que para el psicoanálisis es fundamental: la responsabilidad del sujeto, lo que nos sitúa en el registro de la ética. Cuando hablamos de responsabilidad lo hacemos en el sentido de que estamos frente a un sujeto de derecho, es decir, un sujeto que responde y que, por tanto, tiene la capacidad de elegir. Hay una elección en juego, una decisión del ser, no un conformismo del ser. Este punto implica explorar la dimensión ética de las respuestas del sujeto y ahí nos podemos encontrar, por ejemplo, por lo que respecta a la depresión con múltiples coyunturas: desde la cesión de un lugar simbólico, pasando por un retroceso en el momento de afrontar una pérdida, hasta una renuncia pulsional.

Lacan en *Televisión* habla de la tristeza, la depresión, como cobardía moral. Dice así: la tristeza que se califica de depresión "es simplemente una falta moral (...) una cobardía moral, que no cae en última instancia más que del pensamiento, o sea, del deber de bien decir o de reconocerse en el inconsciente, en la estructura". Es decir, que para Lacan se trata de una falta simbólica, de una renuncia del sujeto que cede en su deseo frente al goce. La consecuencia de ello es el afecto depresivo, el desinterés por las cosas del mundo y por lo que a uno le rodea, el no querer saber, esa es la cobardía moral. Desde este punto de vista también podemos decir que la depresión denota un problema de enunciación del sujeto, hay una detención, hay un paso que el sujeto no hace en la enunciación, como decíamos hace un momento la renuncia afecta al decir.

### **De la queja a la dignidad del síntoma**

Entonces, el psicoanalista, en la dirección de la cura, ante aquel sujeto que se queja y se desespera por su injusto destino, producirá una rectificación subjetiva que permita al sujeto hacerse cargo de sus elecciones y de las primeras consecuencias de su goce. El sujeto, entonces, podrá pasar de la queja y del afecto depresivo a la dignidad del síntoma que abre la pregunta sobre la causa y sobre la satisfacción, lo que siempre conlleva un relanzamiento del deseo y una disminución de la mortificación.

Como señala Eric Laurent, el psicoanálisis nos permite poder vivir con la experiencia de la pérdida y darnos cuenta de que hay otro modo de goce que la tristeza.

Xavier Esqué (Barcelona)

### **NOTAS**

\* Resumen de la conferencia pronunciada en Milán el 19 de enero de 2007 en la sede del Instituto del Campo Freudiano.

## El síntoma al final del análisis se hace practicable

### 1. El pase

El dispositivo del pase es una invitación que la Escuela hace a quienes han terminado su análisis para que el saber sobre lo real producido en la experiencia analítica pueda ser alojado en ella. Al final de la experiencia analítica el sujeto termina produciendo un vacío y de lo que se trata es de no cerrarlo. El pase, entonces, es un dispositivo de la Escuela que contraría el no querer saber acerca de ese vacío: real en juego en la formación del analista[1]. En este sentido, el pase es una apuesta que llama a la verificación. La producción de un analista, el AE, está ligada a un deseo, un deseo inédito de saber. En este sentido el pase no habría que tomarlo solamente desde la perspectiva del final de análisis o de una mejor fundada forma de reclutamiento entre los analistas, sino que apunta a una forma inédita de saber ligada a la invención. Es también una manera de decir que el saber está hecho de semblantes [2].

El AE es una promesa contra el desconocimiento. El dispositivo del pase pone a prueba en acto el deseo de saber, el pase no es tanto una demostración de lo que se sabe sino la verificación de un deseo de saber inédito. Es así como el AE toma su responsabilidad en el progreso de la Escuela y en la transmisión del psicoanálisis.

Ahora bien, sabiendo que el acto analítico no se puede enseñar, ¿cómo transmitirlo? Hay en ello una tensión, siempre habrá que hacer con un agujero, un agujero donde alojar el real de la causa analítica a transmitir. En este sentido, la transmisión es no toda. Por otra parte el pase, a diferencia de un análisis, no puede darse por terminado, por eso podemos hablar de pase 1, pase 2, pase 3, ... pase n [3]. El análisis tiene un final preciso, en cambio el pase exige siempre un recomenzar [4], por eso Lacan decía de él mismo, en su enseñanza, que pasaba todo el tiempo.

La transmisión de la causa analítica siempre se encuentra en estado inicial, por eso la posición del AE, contrariamente a lo que muchos puedan pensar, no es una posición consolidada. Se trata más bien de una posición de interinidad, el AE es interim, si quieren se puede decir de él que es un interino de excepción, es el interino de el analista que no hay, está en el lugar del universal de el analista que no existe. El AE ha sido nombrado por el cartel del pase porque éste ha verificado que hay analista, pero al mismo tiempo el AE presentifica en acto que el todo de el analista no existe.

El sujeto hizo efectiva su demanda de pase a la Escuela un año y medio después de haber terminado su análisis. Tuvo que esperar para hacer la demanda a la Escuela puesto que aún se encontraba en el dispositivo como pasador. Terminada su función tuvo que hacer frente al acto sin el impulso que en su momento le había proporcionado el análisis recién terminado. Se encontró debiendo atravesar la decepción en su Escuela por lo nuevo que el sujeto había deseado y que, de entrada, no vio llegar. Fue un momento difícil, porque para que un analista pueda *savoir y faire* con el síntoma es preciso que pueda alojar su incurable en un Otro acorde con los fines del psicoanálisis, un Otro orientado a partir de la lógica del no-todo. El sujeto, entonces, tan sólo pudo salir de la decepción por medio del acto, apostando y dirigiéndose, una vez más, al corazón de la Escuela, al pase.

## **2. La vía del síntoma**

Un análisis parte de la suposición de que con el sentido será posible acceder a lo real, el pase evalúa en el pasante si su análisis en tanto suposición de saber, en tanto experiencia de sentido, le ha permitido acceder a lo real [5]. De ahí la importancia de seguir la vía del síntoma. El síntoma, señala Lacan, es lo más real que el parlêtre tiene [6]. Por eso lo encontramos también a la salida de la experiencia analítica. En la última parte de su enseñanza Lacan plantea el final del análisis por la identificación con el síntoma. Es decir, que el síntoma no se deja atrás, no se franquea, se entra en la experiencia con él y se sale, también, con él, claro está que el estatuto del síntoma no es el mismo al principio que al final.

Al principio lo que está en juego es el disfuncionamiento del síntoma, aquello que no va, lo que hace sufrir porque es un obstáculo, algo del orden de lo impracticable. En cambio al final del análisis el síntoma, el *sinthome*, tiene otro estatuto, un estatuto real, hasta el punto que llevar la experiencia analítica hasta el final implica haber hecho la experiencia del síntoma en tanto que funcionamiento. Esto quiere decir que durante el análisis se ha producido una mutación, una mutación que convierte al síntoma en identificación al modo de goce del sujeto, es lo que da la medida del *savoir y faire* con el síntoma, es cuando el síntoma se hace practicable.

Lacan se pregunta en el Seminario XI ¿Cómo se vive la pulsión al final del análisis después de haber atravesado el plano de las identificaciones?. Con respecto al síntoma nos podríamos hacer la siguiente pregunta ¿Cómo se vive el síntoma al final del análisis después de haber atravesado el plano imaginario del fantasma? Es decir, ¿Cómo se vive el síntoma una vez atravesada la pantalla imaginaria que hacía existir al Otro del goce? ¿Cómo se vive el síntoma cuando ha caído la relación que el fantasma sostenía entre el sujeto dividido y su objeto pequeño *a*? El síntoma entonces se desprende del ideal y se convierte en real. Atravesar el fantasma es descubrir que entre *\$* y *a* no hay relación, lo que comporta siempre la emergencia de un real [7].

De todas maneras, debemos tener en cuenta que el fantasma no se esfuma, no desaparece, se trata, dice Miller, de que una vez atravesado, uno no se deje engañar por él [8]. De ahí que haber pasado a la otra orilla no asegura –sobre todo si se cree que la cosa ya está hecha- que uno no vaya a encontrarse de nuevo con lo mismo. Por eso, porque el fantasma no desaparece, Lacan recurrió al *sinthome* que es un mixto de síntoma y fantasma. Desde este punto de vista el síntoma descompleta la idea de un final de análisis entendido desde una perspectiva de unificación reconstitutiva, el síntoma al final del análisis es una suerte de castración terapéutica. El síntoma al final del análisis nos viene a señalar que cada fin es trabajado permanentemente por el real que lo atraviesa.

## **3. La forja de un destino**

Con el psicoanálisis el sujeto se fraguó un destino. La fragua había presidido su infancia. Había visto y oído muchas veces a su padre, a su abuelo, golpear con el martillo sobre el yunque, golpe a golpe, hasta conseguir dar forma a un pedazo de hierro candente. El secreto de la fragua consiste en mantener el fuego siempre vivo, aunque tan sólo sea un pequeño rescoldo siempre presto a encenderse cuando alguien insufla el aire necesario para arrancar. De ahí que el poeta escribiera de la gente de esa casa "sont gent de fornal

encesa" (son gente con el horno siempre encendido).

El sujeto pasó por otros fuegos y fogones antes de encontrar la llama que hizo suya, la llama del amor de transferencia. Mediante el análisis, golpe a golpe, sesión a sesión, corte a corte, se fue escribiendo su vida.

Nació en un medio rural, fue el pequeño de tres hermanos, varones. Su venida al mundo resultó fallada de entrada. Se esperaba con gran predicamento y expectación una niña. El sujeto transportaba, entonces, desde un inicio el real de lo fallido bajo el brazo. Quiso salir a toda costa del pueblo y de un ámbito familiar demasiado cerrado y asfixiante. Los estudios de arquitectura fueron su pasaporte para salir. Aunque no acabaría siendo éste el tratamiento del vacío o la solución a la neurosis que lograría realizar. Fue, precisamente, su neurosis lo que le impidió hacer frente a las exigencias de esta carrera. Si el pueblo era pequeño la ciudad le resultó muy grande, tanto como para perderse durante algunos años. Conoció a la que sería su primera mujer. En el momento que la relación llegaba a su fin el sujeto aceptó casarse prolongando así la agonía. Fue una huida hacia adelante, el sujeto se dejó caer.

La posterior ruptura y los problemas para efectivizar la separación con esa mujer lo condujeron a su primer análisis. Fue un análisis terapéutico que le permitió agarrarse al ideal familiar del trabajo. Se convirtió, sino en un trabajador decidido con respecto al deseo, sí en fuerte y duro cuando se trataba de responder a la demanda del Otro. Salió de este análisis de 5 años puesto en pie, habiendo iniciado su formación analítica y también su práctica clínica, pero no había tocado su goce, no fue un análisis orientado por lo real. La consecuencia de no haber tocado su goce significaba que el sujeto salió de este análisis habiendo reforzado su fantasma y, por tanto, instalado en la vía de la repetición.

#### **4. La formalización del síntoma**

El síntoma en psicoanálisis es del orden de lo necesario. De entrada es necesario para empezar un análisis. Si bien al comienzo del psicoanálisis, dice Lacan, está la transferencia, sabemos que no hay transferencia sin síntoma, puesto que es la creencia en el síntoma, es la creencia de que el síntoma tiene un sentido enigmático a descifrar lo que instala la suposición de saber en el lugar del Otro.

Algunos años después de su primer análisis, el sujeto inició su segundo y último análisis que iba a durar 12 años. La demanda del sujeto, aun cuando las cosas le iban mejor que nunca, tanto a nivel profesional como afectivo, venía empujada por un síntoma. Todo lo que hacía era al precio de un gran esfuerzo, le costaba elegir, decidir, se dejaba la piel en ello, sumergido como estaba en la duda y la procrastinación. Por otro lado, su relación mortificada con la vida tampoco alcanzaba a salvarlo de una moderada pero persistente angustia. El síntoma portaba su satisfacción pulsional, índice de su voluntad de goce, el objeto escópico ocupaba un lugar privilegiado, se trataba de encontrar la mirada del Otro aún al precio de lo fallido.

La formalización del síntoma analítico se produjo a partir de una interpretación del analista. El analizante expresaba en sesión sus dificultades sintomáticas, aquello que no funcionaba, utilizando como apoyo, como muleta, el "es... que...", "es... que... tal cosa", "es... que... tal otra". Hasta que en una ocasión el corte del analista lo sacó de la posición de queja diciéndole "se trata de pasar del es... que... al sé que". Fue una interpretación que orientó la cura del sujeto y que se fue modulando, declinando, a lo largo del análisis, trazando un arco que iría del inicio al final de la cura. En esta ocasión no se trataría de ir

del padre a lo peor, sino del padre al más allá del padre, del Otro sin tacha al Otro tachado, de la impotencia a la imposibilidad.

Una serie de recuerdos ganados a la represión surgieron en el análisis. A los 4 años, en ocasión de una grave enfermedad del abuelo, el sujeto pasó unos días en casa de una vecinita dos años mayor que él con quien durmió en una misma cama. Fue un encuentro traumático, se produjo el derrumbe de la creencia en la primacía fálica, en el lugar donde el niño esperaba encontrar algo ya conocido no había nada. De la incidencia de la lengua sobre el parlêtre surgió un goce inédito que ocupó por años al sujeto: mirar, espiar, es decir, alimentar el ojo velando la falta con la mirada misma. A los 8 años confluyeron dos acontecimientos que provocaron la caída fálica del sujeto en el deseo del Otro, la expulsión del sujeto del paraíso fálico dejó sus correspondientes marcas de goce:

1. El padre mandaba habitualmente al niño al cine sin dinero para pagar su entrada, ya que los propietarios del cine tenían una deuda pendiente con él. El sujeto había entrado así muchas veces a la sala, hasta el día que el portero lo agarró por la oreja y lo expulsó ante los ojos de todo el mundo.

2. Las palabras de una tía referidas a su nacimiento. Nada nuevo con respecto a que se esperaba una niña, esto siempre fue algo explícito. Sin embargo, en esta ocasión aparecía algo nuevo. La tía contaba que cuando el padre subió a la casa para ver si había sido niño o niña, éste llegó, vio que se trataba de un niño y, a continuación, dio media vuelta y se volvió al trabajo.

La interpretación del sujeto "mi padre no me miró", le aseguró el lugar de excluido, expulsado, que de ahora en adelante le procuraría el fantasma.

El sujeto, tras estos dos acontecimientos, se dejó caer. Un día mientras jugaba balanceándose en la barandilla de su escalera ante la mirada distraída de su madre y su abuela, resbaló y se cayó por el hueco de la escalera. Una fuerte conmoción lo dejó amnésico por unos días.

## **5. Hacerse expulsar**

El sujeto quedaba así prendido de la mirada del Otro: "si no me miran me caigo". El sujeto haciéndose ver trataba de recuperar el goce perdido, la mirada era recuperada en el uso que hacía del síntoma. Sería preciso un largo recorrido y llevar el análisis hasta el final para conseguir vaciar esa mirada.

El analizante se había encontrado con la inconsistencia del Otro, se encontró ante la posición en falso del padre con respecto a la ley. Fue un instante de ver la otra cara de las insignias ideales del padre, es decir, que ahí se revelaba, se descubría su goce, un goce a partir del cual se organizaba el marco del fantasma. El fantasma, entonces, como significación inconsciente del sujeto se organizaría en función de salvar al padre y con la finalidad de ignorar su goce, goce que el mismo fantasma tiene como función velar. Era el tiempo en que el fantasma empezaba a desplegarse a sus anchas en el análisis, se construyó su matriz simbólica, que podría formularse así: S1 (prometer) S2 (decepcionar). Par diabólico que comandó el tormento de la repetición y que durante buena parte de la cura no permitía vislumbrar salida alguna. De ahí el temor, cuando no el deseo, de ser expulsado por el Otro como única forma de alcanzar un final.

Llamando sin cesar a la puerta del significante se abriría inesperadamente el surco de la pulsión: en el intervalo entre una sesión y otra la vía del objeto hizo su entrada a partir de

un acontecimiento corporal. El sujeto se vio reducido a un objeto haciendo pareja con el Otro, por una parte su espesura respecto al saber se reveló un obturador de la insuficiencia paterna, por otra parte, con el objeto, en función de su relación a la demanda del Otro, daba una versión de la castración materna.

Con el decantamiento de la matriz fantasmática se revelaba la lógica implacable del inconsciente. En tanto promesa levantaba expectativas que luego se dedicaba a decepcionar, de ahí surgía el fantasma de ser expulsado, excluido.

El par significante, S1 S2, daba vueltas alrededor del objeto pequeño a, ahí donde los distintos objetos de la pulsión irían ocupando alternativamente el lugar vacío. La pulsión siempre se satisfacía, desde este punto de vista el sujeto, como señala Lacan, era feliz. El sujeto siempre es feliz al nivel de la pulsión, respecto del deseo ya es otro cantar.

En la fórmula del fantasma el sujeto oscilaba alternativamente entre el ideal y el plus de goce, esta era la balanza que colocaba al sujeto o como promesa, lugar de excepción garantizado por el Ideal o como deshecho, lugar asegurado por la decepción. Para desmontar este tormentoso par fue preciso hacer caer una tras otra las identificaciones del sujeto a aquellos significantes que lo alienaban al Ideal, sólo entonces acabaría desvelándose su ser de objeto, su plus de goce.

En la escritura del fantasma, el sujeto dividido busca en el objeto pequeño a su complemento. Este objeto se revelará un semblante de ser que viene al lugar vacío del sujeto. Con el descubrimiento de su plus de goce y de sus variadas presentaciones, tuvo por primera vez la idea de que un final de análisis era posible para él, cuando antes tan sólo podía esperar o la muerte del Otro o ser expulsado como objeto desechable.

Toda una vida edificada sobre una interpretación destinada a salvar al padre. La interpretación fantasmática del sujeto del inconsciente, "mi padre no me miró", instalaba al analizante en el lugar de la decepción. La garantía del Otro del fantasma ante la cual el sujeto se proponía como objeto para tapar la falta del Otro, se despejaba al encontrar la interpretación de su deseo en el corsé del fantasma. La mirada del padre era una significación que se convertía en referencia y como tal tenía efectos sobre lo real. Es por medio de la ficción que se produce la fijación, la fijación de goce. Es de este modo que la interpretación fantasmática caerá perdiendo su sentido gozado. La mentira del simbólico, la creencia en el padre y en el inconsciente, se revelan modos de defensa frente a lo real. Este punto recibiría una nueva luz en el momento del paso por el dispositivo del pase.

Durante el pase, en el intervalo de las entrevistas entre el pasador 1 y el pasador 2 aún se produciría una vuelta más sobre esta cuestión, una vuelta que no quedaría sin consecuencias. Se trataba de la oscura muerte del hermano mayor del padre en la Guerra Civil española. La guerra estalló encontrándose el padre del sujeto en el servicio militar y en zona nacional. Por otra parte el hermano del padre, universitario, se alistó voluntario en el bando republicano. El día fatídico que una bala perdida mató al tío del sujeto, los hermanos se encontraban en bandos distintos.

El sujeto percibió en el pase, esta vez con mayor claridad que nunca que la versión de la familia materna, versión de los vencedores de la contienda, estaba destinada a velar el real de la guerra fratricida. Era una versión que presentaba al joven revolucionario, idealista, siendo víctima de la crueldad de sus propios correligionarios. El sujeto nunca había conseguido con sus preguntas traspasar el silencio del padre al respecto, se podría decir que el padre siempre miraba a otro lado.

El analizante ya había trabajado y puesto en cuestión esta versión en su análisis. Pero nunca como ahora - pese haber escuchado mil batallas sobre la Guerra Civil o haber hecho

trabajos de investigación en la Universidad al respecto - nunca como ahora llegó a percibir el profundo y espeso frío del real de la Guerra Civil española, el agujero insondable, el punto de fuga. Frente a ese real que el padre decidió no mirar, ni siquiera oblicuamente, el inconsciente como saber elucubró sobre un padre que no miró al sujeto cuando éste nació.

## **6. Imberbe de lo real**

Revelado el enigma del goce, las consecuencias en el Sujeto supuesto al Saber no se harían esperar, surgió lo que éste tiene de inesencial, lo que tiene de supuesto.

El sujeto produjo el siguiente sueño: el analizante llegaba a sesión y notaba un cambio en el rostro del analista que no podía precisar. Al levantarse tras el corte de la sesión se daba cuenta que su analista ya no llevaba barba, el sujeto escrutaba con atención el rostro imberbe del analista. Al salir de la consulta, mientras bajaba la escalera descubría perplejo que el analista nunca había llevado barba.

Se revela, así, lo inesencial del Sujeto supuesto al Saber. El analista representado por el significante del saber cae y pasa a semblante de objeto pequeño a: representante de la representación [9] del analista. La barba, semblante de saber, que se reduce al significante cualquiera que el analista encarnaba para el sujeto cae dando paso al objeto libidinal. Se produce la separación entre el gran I del Ideal y el objeto pequeño a. El analista aparece separado del ideal, imberbe respecto al saber sobre el goce, imberbe de lo real. Cada uno es imberbe de lo real.

Otro sueño viene a mostrar este momento de desprendimiento, el sueño consta de dos partes: si en la primera parte aparece lo irrisorio del padre, es decir la inconsistencia del Otro, a continuación aparece el vacío del sujeto. En la segunda parte del sueño el sujeto se miraba el ombligo y observaba como éste estaba a punto de desprenderse, seguidamente se dirigía hacia su madre y se lo mostraba, diciéndole "¡mira!", momento en el que, efectivamente, el ombligo se desprendía totalmente arrastrando tras de sí una serie de cascotes- que llevaban inscritos los significantes de las identificaciones del analizante -que dejaban al descubierto un agujero limpio y profundo en el sujeto.

El analizante ya no tenía nada que temer, la boca abierta del Otro materno y la mirada del analista perderían su función amenazante. Los cascotes, los S1, aquellos significantes ideales cuyo envés de goce mortificaba al sujeto, caen. La extracción del objeto hace estallar la consistencia del Otro, un Otro que en el fantasma del sujeto siempre había querido su castración. El sueño muestra como la falta en el Otro se articula con el vacío del sujeto.

En este momento de pase el sujeto sintió, por vez primera, que podía terminar el análisis allí -no tenía una certeza al respecto pero los beneficios terapéuticos obtenidos eran considerables- y así se lo comunicó al analista. El analista le respondió que sí, que efectivamente era posible terminar el análisis ahí, pero también agregó que aún era preciso "dar una vuelta más".

De esta manera el análisis prosiguió tres años más.

## **7. Más allá del inconsciente**

Con la caída del objeto a lo real viene al encuentro. El analizante había hecho del final de la primera vuelta promesa de relación sexual, pero el síntoma, ahora sin el imaginario del

fantasma, pronto vendría a desmentir el saber del inconsciente, inconsciente que como semblante no hace más que recubrir el agujero forclusivo de la falta de relación sexual. En esta nueva etapa el sujeto sería designado pasador.

El analizante se encontró con la interpretación desconcertante del analista en una sesión en la que el sujeto planteaba un problema de Escuela: "Para esto no hace falta abrir el restaurante", señaló el analista. Fue desconcertante porque el sujeto ya había zanjado desde hacía mucho tiempo la posibilidad de dedicarse a la restauración. Pero ahora la interpretación despejaría la vía por donde la libido barrería la mortificación. Atravesada la pantalla imaginaria del fantasma la energía de la pulsión insuflaba la fuerza del deseo. Fue entonces, cuando el sujeto expresó su deseo de llegar hasta el fondo, hasta la cocina de la Escuela, entre fogones, cerca de la llama, allí donde no hay la garantía del Otro en la que siempre se había apoyado, allí donde se cuece, se elabora y se transmite el plato imposible, el plato que no existe. Así entró en la cocina del pase, primero, como pasador, poniendo su cuerpo, poniendo toda la carne en el asador.

Producida la caída de la suposición de saber en el analista, el analizante se dirigió al corazón de la Escuela, al pase, allí donde se restituye una nueva relación con el Sujeto supuesto al Saber distinta a la del análisis, allí donde se instala, dice Miller, una "suposición vacía" [10]. De cumplir ante el Otro a creer en S(A/) como enmienda al cinismo, que es a lo que tiende un análisis por el hecho de desvelar la inexistencia del Otro.

El sujeto pasaría así de eterna promesa en relación a la esperanza a prometerse a la causa, a promesa en tanto causa que abre a un nuevo horizonte. El sujeto consiente, ahora sí, morder el anzuelo de la causa, consiente ser mordido por la causa con todas sus consecuencias, sin la estratagema fantasmática anterior en la que el sujeto antes de sentirse atrapado era capaz de hacerse expulsar. Es así como pasará de analizante a analista ofreciéndose como esquer [11] de la causa analítica para otros, ofreciéndose como semblante de objeto causa del deseo para otros.

## **8. Acerca del goce femenino**

La pregunta por el goce femenino estaba desde un inicio en el interés del sujeto por el psicoanálisis, era un enigma que venía de lejos y que anudaba goce femenino y locura. Cuando el sujeto en su infancia acompañaba al padre a su pueblo de origen, siempre iba a su encuentro un primo psicótico del padre. Un día el sujeto, tendría ya unos 12 años, preguntó una vez más al padre por la causa de la enfermedad de aquel hombre, obteniendo la enigmática respuesta de que la enfermedad de aquel hombre se debía a que cuando era joven se había relacionado con "malas mujeres, mujeres de la vida ...".

Estas enigmáticas palabras determinarían la vida sexual y amorosa del sujeto. De ahí que la relación del sujeto con las mujeres podría escribirse en clave de bolero: "¿Cómo hacer con una mala mujer sin volverse loco?". Es decir, que el sujeto siempre anduvo tras el significante que pudiera dar cuenta del goce femenino, el significante que no hay. Ahora ya no se trataba tan sólo de la castración materna sino de la forclusión del significante de La/ mujer.

En esta etapa de su análisis una fuerte crisis en la relación con su partenaire a punto estuvo de provocar la ruptura. A través de esta crisis y del lugar preponderante que la misma tuvo en la última etapa de su análisis el sujeto verificó que ni el significante ni la verdad alcanzan para dar cuenta del goce femenino. Experimentó que la falta de significante, S(A/), indica, del lado femenino, la ausencia de la función de excepción como

límite. Así se produce, se elabora y se bordea el agujero de la relación sexual que no existe. Fue el momento de comprender en todos sus registros que el Otro no existe, experimentar que el Otro falta, también fue el tiempo de la crisis en las Escuelas de la AMP, los semblantes caían: en relación a su partenaire, en la Escuela, en el análisis y en el analista.

## **9. Un techo practicable**

Se produce un último sueño: un falso techo de láminas se cae dejando al descubierto lo que había detrás del telón. Desolador, hay nada. El seguro no se hace cargo. El perito dictamina que había un peso inapropiado encima del techo. Se considera un mal uso. El sujeto tomará las láminas caídas en el suelo, una por una, y las volverá a montar cuidadosamente, resultando de ello no un falso techo sino un techo practicable.

Las láminas del techo son cada uno de los semblantes que el análisis hizo caer, hay que servirse de ellos, es con el semblante que se puede tocar lo real. No hay garantía que valga, el goce queda del lado del sujeto, quien debe responder por ese goce, y separarse de él, separarse del goce traumático. Hay que hacer con lo que queda, y con los semblantes que están en el lugar vacío de la relación sexual que no hay. Se trata ahora de *savoir y faire* con el síntoma, saber hacer ahí con el lugar vacío, es decir que el síntoma al final del análisis se hace practicable. Para el sujeto la solución satisfactoria del síntoma en tanto funcionamiento, en su dimensión real, pasa por lo practicable. Frente a lo que el síntoma al inicio tiene de impracticable, de disfuncionamiento, ahora se ha convertido en practicable, es decir que permite la invención, eso sí, dentro de unos límites, tiene un techo que viene determinado por su modo de gozar.

## **10. La separación del analista**

Llega la última sesión. La salida se produce con el nombre del resto de goce irreductible. El incurable. Nombre del imposible despertar a lo real. El síntoma, con el nombre, se hace equivalente al ser. Este nombre, completamente alejado del ideal, condensa las experiencias más importantes de la vida del sujeto, y en su escritura está incluido el hueso del análisis del sujeto, el objeto pequeño *a*. El nombre pone un término, pone un punto final [12].

Sucede, entonces, un desinvertimiento súbito y radical [13]. Cae definitivamente la vía de la elaboración dando paso a la perplejidad. Se acabó lo que se daba: la falta en ser pasó [14]. Es un hecho irrefutable. Ahora no hay lugar para la duda, no es como en otros momentos de pase en los que el sujeto había vislumbrado que el final era ya posible. Esta vez el corte ya no irá acompañado del volver de nuevo. El desencadenamiento de la salida de análisis transporta una certeza y se produce sin esfuerzo.

El sujeto mira atrás y vislumbra con nitidez que todas las elecciones de su vida fueron hechas en función del imposible despertar. Ahora sabe que la cosa, el goce, no se deja atrás. Será preciso que ese resto de goce autístico sea drenado por el partenaire síntoma.

Drenarlo en su relación al psicoanálisis y en la Escuela, y drenarlo en la mujer, en la mujer que ama, haciendo con ello un nudo practicable. Son signos de un nuevo amor que explora los caminos y transita por los bordes del exilio de la relación sexual que no hay.

El sujeto no deja de estar parasitado por el lenguaje, el psicoanálisis no lo libra de ello; el funcionamiento del síntoma, lo practicable del síntoma, en tanto tiene que ver más con el hacer que con el pensar, es una forma de salir de la debilidad del pensamiento, es una

forma de pase, una forma de hacer con el vacío, puesto que hace corte con la debilidad mental del parlêtre debida al simbólico.

Ahora bien, sería erróneo deducir que savoir y faire con el síntoma es algo del orden de un dominio, el funcionamiento, lo practicable, implica tener que arreglárselas con el nudo. Que el síntoma al final del análisis se haga practicable no significa, como señala Miller, que el real se deje instrumentalizar [15], es decir, que con lo real uno se embrolla, y savoir y faire con el síntoma implica saber soportar ese real y arreglárselas con el margen de embrollo que comporta [16].

"No espero más, nada más... ni nada menos", fueron las últimas palabras del sujeto en análisis.

Un nada menos que apunta a mantener siempre abierta la hiancia de la causa freudiana, es decir, se trata de no renegar de las consecuencias del acto analítico, algo de lo que un analista nunca puede terminar de considerarse a salvo.

El analista asiente, los protagonistas de la experiencia se levantan, se despiden.

Acto que está en el horizonte de cada cura, cada vez que el analista acepta la demanda de un nuevo analizante.

Xavier Esqué  
Barcelona, 20 de noviembre de 2003

#### NOTAS

- 1- Lacan, J, "Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela", Momentos cruciales de la experiencia analítica, Ed. Manantial, p. 9.
- 2- Miller, J.-A., De la naturaleza de los semblantes, Paidós, p. 14.
- 3- Tizio, H., "El pase n", Revista El psicoanálisis 2/3, ELP, p. 21.
- 4- Lacan, J., "El acto analítico", Reseñas de enseñanza, Ed. Hacia el tercer encuentro del Campo Freudiano, p. 48.
- 5- Miller, J.-A., Curso La orientación lacaniana, 2000-01, Le lieu et le lien, inédito.
- 6- Lacan, J., Scilicet 6/7, p. 41
- 7- Miller, J.-A., Op. Cit.
- 8- Miller, J.-A., Curso La orientación lacaniana, 1995-96, La fuga de sentido, inédito.
- 9- Lacan, J., « L'étourdit », Autres Écrits, Éditions du Seuil, París, p. 487.
- 10 Miller, J.-A., "Introducción al post-analítico", El peso de los ideales, EOL- Paidós, p. 21.
- 11 Del latín esca, alimento. En catalán, alimento que se pone en el anzuelo para pescar; fig. aquello que atrae el deseo.
- 12 Lacan, J., "Joyce el síntoma", Conferencia en la Sorbona del 16 de junio de 1975. Uno por Uno, Revista Mundial de Psicoanálisis, nº 44, 1996.
- 13 Miller, J.-A., "El pase perfecto", El peso de los ideales, EOL Paidós, p. 137.
- 14 Op. Cit.
- 15 Miller, J.-A., El psicoanalista y sus síntomas, EOL, Paidós.
- 16 Op. Cit.

## Lo éxtimo empuja

Un análisis, hoy en día, no se puede concebir sin el horizonte del pase, no se puede efectuar sin tener en cuenta este suplemento de la experiencia analítica que es el pase. No hay final de análisis que no se sitúe ante su posible uso y su consiguiente lazo con la Escuela.

Pero el pase no es ninguna obligación. Lacan señala que al analista "nada le obliga" a someterse a la prueba del pase [1]. Entonces, ¿se trata de una elección? Es, en todo caso, una elección forzada, al menos así fue para mí, no fue del orden de un cálculo, sucedió que el pase se apoderó de mí al ser alcanzado por un real impensable. En efecto, está el momento privilegiado del acto cuando se hace efectiva la demanda a la Escuela, pero la decisión se había ido produciendo en mí a lo largo del análisis, mejor dicho, en determinados momentos cruciales, momentos de pase. Cada vez que en el análisis se hacía presente la dimensión del objeto, es decir, que se tocaba mi posición de goce, entonces, podía vislumbrar el final de análisis como posible y, sin solución de continuidad, dicho final estaba vinculado con el pase y tocaba mi relación con la causa analítica.

He elegido dos de estos momentos de pase en el interior del dispositivo analítico. Primer momento

Al principio del análisis, estando ya presente la dimensión didáctica de la experiencia, debo decir que me encontraba sobretodo preocupado por su dimensión terapéutica. En realidad, puesto que había entrado en el psicoanálisis por mi práctica clínica, por la vía de la terapéutica, llegar a ser psicoanalista de hecho para mí era más que suficiente. Quería ser psicoanalista por mi práctica, autorizado por la práctica clínica. Desde el punto de vista epistémico, la teoría y el saber se encontraban en un lugar ideal bajo el peso del efecto devastador de un superyó feroz que decía eso no es para ti. En efecto, mi relación con el saber funcionaba como un desmentido a la castración. Creía entonces que ser psicoanalista de derecho [2] era algo reservado a otros, a unos pocos, a los más mayores. En aquellos momentos yo no podía anticipar las consecuencias del acto analítico, las consecuencias de proseguir el análisis hasta el final y llegar a verificar que un psicoanalista lo es por ser producto de su análisis.

Durante buena parte del análisis, al estar constreñido por la significación fantasmática que comandaba la repetición, pensaba que nunca llegaría a un final comme il faut. El lugar asignado por la interpretación fantasmática, el lugar de excluido, expulsado, aseguraba el goce del sentido extraído de la cadena significante, S1 – S2, prometer – decepcionar. Cada promesa en relación con el ideal de transformación terminaba abocada en una nueva decepción. De esta manera, dedicado como estaba a asegurar la consistencia del Otro me cercioraba de que el acceso al objeto pequeño a, el plus de goce, estuviera cerrado. Así lo muestra el discurso del inconsciente: en la parte superior tenemos la cadena significante S1 – S2, y en la inferior la doble barra de la imposibilidad indica que el sujeto no puede acceder a saber nada del objeto pequeño a.

La repetida cantinela del es que... fue agujereada por la que considero la interpretación fundamental del caso. Interpretación que como el dedo levantado de San Juan de Leonardo señalaba la dirección del horizonte deshabitado del ser. Una interpretación que al modo del Wo es war soll ich werden freudiano trazaba un arco que iría del principio al final de la cura, del es que de la impotencia al se que de la imposibilidad. Se abría así la puerta a un sujeto llamado a advenir allí donde ello era.

Esta interpretación apuntaba a otro lugar. Abría el intervalo significante, habilitaba el resquicio por el que podía aparecer el resto retenido de goce que en su momento había

escapado a la acción mortificadora del significante y con el que yo hacía pareja en mi fantasma para gozar.

Me vi reducido a un objeto, un moc (moco), primer nombre que encontré para el plus de goce. Había hecho pareja con ese objeto toda mi vida. Una rinitis crónica y una sinusitis, es decir, incontinenencia y retención, habían logrado que pasara gran parte de mi vida pegado a un pañuelo. Ser el moco del Otro significaba ocupar la posición de objeto de preocupación para mi madre. Por otra parte, siendo el benjamín en la fratría de los hermanos, también fui el mocososo de mi padre. Mi espesura sintomática respecto al saber se reveló una identificación de amor al padre destinada a obturar su insuficiencia. Los efectos terapéuticos producidos tras dejar esta posición de mortificación fueron espectaculares. El desmontaje de mi posición de alienación respecto a la demanda del Otro decantó una primera interpretación de la castración materna. Por otra parte, la caída de la identificación paterna desatascó la vía del saber abriendo el cauce a nuevos circuitos. Además, ello tuvo efectos en el cuerpo que me evitaron pasar por el quirófano que tenía prometido. Debo decir que durante un tiempo me sorprendía cuando al poner la mano en mi bolsillo comprobaba que, efectivamente, la vida era posible sin estar ligado a un pañuelo.

Con la salida de la lógica fálica y el descubrimiento del plus de goce y de sus variadas presentaciones tuve por primera vez la convicción de que un final de análisis era posible para mí, cuando antes tan sólo me cabía esperar o la muerte del Otro o ser expulsado como una escoria, como un moc.

Segundo momento

El objeto causa del deseo, el objeto de la pulsión, es colocado sin que el sujeto lo sepa en el Otro de la transferencia, es el referente latente en el algoritmo de la transferencia. Este objeto no se puede deducir hasta que el fantasma no se haya construido y no se haya atravesado su pantalla imaginaria, es entonces cuando lo más singular del sujeto en tanto objeto pulsional cae como resto de dicha operación. El analizante debe atravesar, entonces, en la misma transferencia el hecho de reconocer y consentir que no hay sujeto en el Otro, es decir, que no hay otra causa del deseo que la del objeto pequeño a, del que el analista se hace soporte en la cura por ser su representante. Entonces, es en la transferencia donde se acabará despejando lo más singular de la pulsión. Este punto está ilustrado con un sueño, un sueño que interpreta la equivocación del sujeto supuesto al saber:

Yo llegaba a sesión y notaba un cambio en el rostro del analista que no podía precisar, al levantarme del diván, tras el corte de la sesión, descubría con sorpresa que mi analista ya no llevaba barba. Me quedaba un instante escrutando con atención su rostro imberbe. Saliendo de la consulta, mientras bajaba las escaleras, descubría con perplejidad que mi analista nunca había llevado barba.

El analista representado por el significante del saber caía para dar paso al analista semblante de objeto pequeño a: representante de la representación [3] del analista. Se producía la separación entre el gran I del Ideal y el objeto pequeño a. El analista aparecía caído del ideal, como un mocososo respecto al saber sobre mi goce, imberbe de lo real. El analista quedaba reducido a im-ber-be, a una mirada. De esa mirada había sido soporte en la cura.

La extracción del objeto del campo del Otro hizo estallar su consistencia, se reveló en mí la inexistencia de un Otro fabricado a la medida de mi goce más autista. Tras el encuentro con la incompletud del saber del Otro percibí la relación de inadecuación del sujeto con el saber. Después de este momento crucial di el siguiente paso: me dirigí sin pensarlo, con determinación, al corazón de la Escuela, al pase, allí donde se restituye una nueva relación con el Sujeto supuesto al Saber distinta a la del análisis.

Mi relación con la Escuela hasta entonces se había caracterizado por el "cumplir" en función de la demanda del Otro. La Escuela era para mí un gran Otro sin barrar, consistente, sostenido en una lógica fálica. En cambio se trataba ahora de mi responsabilidad, aparecía una Escuela construida alrededor del agujero de lo real y basada en la diferencia. Con este cambio de posición subjetiva en el momento en que establecía un nuevo lazo con la inexistencia del Otro me di cuenta que estaba en la experiencia personal del pase [4]. Concluí que era el buen momento para ser pasador y así se lo expresé a mi analista.

Ya no me encontraba en la sala de estar de la Escuela tratando de pasar desapercibido como un invitado anónimo, ahora entraba decidido hasta el fondo, hasta la cocina, se había abierto en mí un apetito decidido de saber, un deseo de llegar hasta el final, allí donde no hay la garantía del Otro.

Se produjo aquí una anticipación de lo que iba a ser la conclusión de mi análisis y se había puesto en juego el deseo de usar el suplemento del pase. Ahora puedo decir que este movimiento que se puso en marcha dentro del análisis produjo una primera substitución de mi analista por el psicoanálisis. Se produjo un primer reemplazo del analista-síntoma que sostiene la experiencia por la causa analítica. Tenemos aquí la metáfora del pase planteada por Miller: el psicoanálisis en el lugar del analista [5].

Del es que, allí donde no sabía lo que yo era en mi deseo, al sé que, tras haber advenido allí donde ello era, habiendo pasado de la impotencia a la imposibilidad, habiendo experimentado el verdadero agujero, allí donde en definitiva el Otro falta, allí donde no hay ningún orden de existencia. Ahora puedo decir sé que, sé que el significante no alcanza a decir mi ser, sé que la destitución subjetiva abre la vía a la pulsión y que mi deseo se articula a lo más singular del goce pulsional. Consintiendo reconocer allí mi ser me hago responsable de mi deseo, me hago responsable de la incidencia en el Otro del ejercicio de la pulsión.

Para vivir el deseo, para la buena salida de la pulsión se precisa implicar al Otro, es lo que he tratado de transmitir en este testimonio. En cada momento crucial de mi análisis en el que tocaba la inexistencia del Otro, allí donde se revelaba lo éxtimo del goce del objeto pulsional, la salida se producía a partir de un nuevo Otro, ahora descompletado, donde poder alojar ese éxtimo. Esto ocurrió en mí, y desde el primer momento sentí que no me lo iba a quedar solo para mí. Lo éxtimo empujaba para hacerse oír, y ¿qué mejor lugar que el dispositivo del pase que ofrece la Escuela?

Mi análisis no terminó con la mirada, es decir, que hay miradas que, afortunadamente, todavía me importan. En relación con el psicoanálisis y con la Escuela siempre existirá una mirada que me va a dividir. Es una mirada que me causa, ya no es una mirada amenazante ni persecutoria, al contrario, es una mirada que como el faro para el navegante en la oscuridad de la noche me sirve de orientación.

El psicoanálisis y la Escuela toman el relevo del analista-síntoma de la experiencia constituyendo así un destino y otra modalidad de tratamiento del goce irreductible del síntoma.

Xavier Esqué, 10 de julio de 2004

#### NOTAS

1- J. Lacan, "Nota Italiana", Uno por Uno, Revista Mundial de Psicoanálisis, nº 17.

2- J.-A. Miller, "Intervención en el Colegio Nazareno", Roma, 27 de mayo de 2001, en AMP-UQBAR.

3- J. Lacan, "L'étourdit", en Autres Écrits, Éditions du Seuil, p. 487.

4- J. Lacan, "Proposición del 9 de octubre de 1967 ...", Momentos cruciales de la experiencia analítica, Ed. Manantial, p. 20.

5- J.-A. Miller, Curso sobre La orientación lacaniana, clase del 13.5.98, inédito.

## Reinventar el cartel

En el Seminario del 11 de marzo de 1980 Lacan poco antes de fundar la Escuela de la Causa Freudiana, propone el cartel como "órgano de base" del trabajo de Escuela. Es decir que plantea el cartel como uno de los pilares de la Escuela, como una de las principales modalidades de trabajo de la comunidad analítica de orientación lacaniana. Una semana más tarde, el 18 de marzo, Lacan insiste, y ahí requiere ya directamente a los analistas que se junten bajo esta modalidad de trabajo: "Vayan. Júntense varios, péguense (...) y disuélvanse (...)".

La orientación de Lacan es clara, inequívoca, hasta el punto que podemos decir que la formación del analista y lo más propio del trabajo de Escuela precisa de la experiencia del cartel. Y sin embargo en la Escuela en España, en nuestra ELP, desde hace años el trabajo en cartel ha ido experimentado una fuerte caída – lo que no es así, ni mucho menos, en otras escuelas de la AMP. Hoy en día, en la ELP, sabemos del cartel más por lo que dicen los textos estatutarios de nuestro anuario que por ser una experiencia viva de nuestra comunidad de trabajo. Apenas sabemos el número de carteles que hay ni los temas que se trabajan, no tenemos constancia de artículos en publicaciones que sean fruto del trabajo en cartel, hace años que ya no se edita el catálogo, etc. En efecto, podemos decir claramente que se trata de un síntoma de nuestra Escuela y en tanto tal habrá que analizarlo.

Por el momento, damos un primer paso y ponemos en circulación el boletín Cartel-Express, un boletín electrónico mensual, ágil y accesible, destinado a recoger las reflexiones y propuestas que los integrantes de nuestra comunidad analítica quieran hacer sobre el dispositivo del cartel, un lugar para el debate que también servirá para publicar las noticias, los pequeños hallazgos, la constitución de los nuevos carteles, etc. La Escuela debe sostener esta modalidad de lazo social que es el dispositivo del cartel que hace de bisagra entre la formación del analista y el trabajo de Escuela, la experiencia del cartel es un lugar muy propicio para plantear las verdaderas cuestiones sobre la formación y la transmisión del psicoanálisis. La estructura del cartel se basa en la lógica de la incompletud, cada uno de los componentes del cartel es trabajado por esta lógica, de ahí la consideración del cartel como "órgano de base" de la Escuela porque es un dispositivo que favorece el efecto de discurso por encima de los efectos de grupo. No en vano el jurado del dispositivo del pase tiene la estructura del cartel, sabemos de la importancia de los carteles del pase en su contribución a los avances del psicoanálisis puro, tan sólo por esta razón – por cierta afinidad que hay entre el cartel y el pase que no es posible desarrollar aquí- sería una grave irresponsabilidad dejar caer el cartel como modalidad de trabajo de los miembros de la Escuela. Sabemos que la transferencia de trabajo se sostiene en la hiancia de saber, en este sentido el cartel es una apuesta por sostener ese vacío de saber junto a otros colegas, que pueden ser psicoanalistas miembros de la Escuela o no, y que también pueden ser no analistas. Desde este último punto de vista el cartel es

antisegregativo, y podría revelarse en la actualidad como un dispositivo eficaz a la hora de contribuir a una mejor articulación de la Escuela, el Instituto y los CPCT. Por último, decir que el cartel va a contracorriente de la época, una época caracterizada por el individualismo y el cinismo contemporáneos lo que, sin duda, produce un aflojamiento de los lazos sociales, pero la experiencia del cartel, precisamente, puede convertirse en una posible salida frente al malestar puesto que por su estructura de descompletamiento tiende necesariamente a producir una cesión de goce en cada uno de sus participantes.

Iniciamos, entonces, una nueva vía en la política de la ELP destinada a incidir en la producción, investigación y en la forma de lazo entre analistas que pasa por replantearse, reinventar, la función del cartel, su funcionamiento y sus objetivos.

Xavier Esqué  
1 de septiembre 2007

## **El análisis visto desde la perspectiva del algoritmo de la transferencia (Del curso "Donc" de J.-A. Miller)**

El algoritmo de la transferencia es una transformación del algoritmo de Saussure aplicado al psicoanálisis. Éste último divide al signo entre significado y significante (S/s) y muestra la disimetría entre ambos. Lacan considera que la disciplina lingüística es una ciencia y que su campo científico fue abierto por esta fórmula.

¿Qué es un algoritmo? ¿Cuál es su concepto? Un algoritmo es un matema que define un procedimiento automático, que debe funcionar solo, a ciegas y sin equívoco. De todas formas, Miller aclara que para Lacan las matemáticas y la lógica eran meros accesorios.

Ahora bien, el psicoanálisis ¿qué transmite a través de este algoritmo? Transmite que el sujeto barrado que se presta a la experiencia analítica llega a un nuevo estado al final de la misma. Desde este punto de vista, el sujeto barrado es el mensaje que se transforma en el psicoanálisis.

La cuestión es, dice Miller, si este sujeto barrado es computable, es decir, si hay un principio de detención de la operación.

Lo que está claro que no hay es un algoritmo del curso de un análisis, pero sí que en Lacan hay un algoritmo del pase, aquel que haría de un analizante un analista. La transformación de este algoritmo inicial (S/s) consiste en articular al significante gran S un significante cualquiera y, por otra parte, por lo que respecta al significado, darle un valor de saber mediante una serie significativa que da una significación supuesta.

$S \text{ ————— } > S_q / s (S_1, S_2, \dots, S_n)$

Este algoritmo es equivalente al agalma del Banquete de Platón. Pero en él no sólo está en juego la articulación significativa sino el objeto, es decir, la relación del significante con el goce.

Con este algoritmo existe entonces una hiancia entre la forma de hablar que tenemos al inicio de un análisis (hablamos en términos significante/significado) y la forma en que hablamos de él al final (hablamos en términos de castración, de objeto, de fantasma). Es decir, que en el pasaje del desciframiento al goce lo que se descubre es que hay un modo de gozar del inconsciente.

Por otro lado, hay dos modalidades de tratamiento del significante y el goce: la del fantasma y la de la pulsión. El fantasma habla, la pulsión permanece en silencio.

El algoritmo de la transferencia y el concepto de pase es la resolución en acto del problema. Es la conversión en acto del sentido al goce, de la articulación entre el inconsciente y la libido.

## **Distintas teorías del final de análisis y el pase**

La primera teoría del final de análisis es la asunción del ser para la muerte, es decir, la asunción del significante amo de la muerte.

La segunda teoría, es la desidentificación fálica.

No es hasta la tercera teoría que se puede hablar propiamente del pase (proposición del pase 67, después del seminario de la lógica del fantasma). Aquí el final de análisis ya no es en términos de muerte y desidentificación, sino es la identificación del sujeto barrado con el goce. Es esa identificación que abre la vía propiamente dicha del pase. No es tanto una desidentificación lo que está en juego sino un reconocimiento, reconocerse en el resto de goce (consentir al "tú eres eso" que es reconocimiento del ser de goce). Para ello es necesario el atravesamiento del fantasma. Es decir, atravesar la exasperación de la falta en ser, atravesar la identificación última al deseo. Este atravesamiento precisa del deseo del analista porque el deseo del sujeto barrado se sostiene del desconocimiento de la pulsión (este goce ignorado es lo que llamamos fantasma).

El deseo del analista es el de conducir al analizante al camino que le llevará a encontrar el des-ser del analista. El final de análisis en tanto que pase no es posible si el analista no quiere su propio des-ser. Hay algo de abnegación en ello, que incluso puede hacer pensar en una posición masoquista y Lacan se interroga varias veces sobre este punto. Lo que salva al analista de la posición masoquista es que no goza de ello. En consecuencia, para hacer el pase hacen falta dos.

En relación al programa de la cura, tenemos, por una parte, el descubrimiento de lo imposible en el deseo (-fi) y, por otra, el conocer lo que es posible de la pulsión y de la satisfacción (a). Precisamente, es esto lo que justifica el pase, que el sujeto barrado haga del acceso que él tiene a su resto de goce, su asunto (su affaire). No es en el análisis en estricto sensu que esto se puede hacer. Este paso fundamental solo se puede hacer en el pase y ¿qué significa que haga del resto de goce su asunto, su affaire, sino que haga de ello su sinthome?

(Resumen de la exposición de Xavier Esqué en el Laboratorio, sesión del 12 de noviembre de 2010)